

biente urbano, *Historia de un pequeño funcionario* (s.a.) y un volumen de cuentos, *El enigma del ofidio* (1955) en que se combinan hábilmente la observación psicológica y el toque humorístico; y A. MONTIEL BALLESTEROS (1888), uno de los escritores más fecundos del Uruguay, que ha sabido iluminar su regionalismo con lírica imaginación; de su numerosa obra citaré: *Cuentos uruguayos* (1920), *Álma nuestra* (1922), *La raza* (1925), *Luz mala* (1927), *Mundo en ascuas* (s.a. 1956?).

LECTURAS: *Hombres y zorros. La Pachacha. En el viejo Almendral. El socio. Los gauchos judíos. Tres relatos porteños. Raza de bronce. Juan Criollo. El bebedor de lágrimas. Ifigenia. El tigre.*

BIBLIOGRAFIA: Baldomero Sanín Cano: *Letras colombianas*, México, 1944. Germán García: *La novela argentina*, Buenos Aires, 1952. Luis A. Sánchez: *Proceso y contenido*, etc., E. Anderson Imbert, *Historia*, etc., Raúl Silva Castro: *Panorama*, etc., Luis Leal: *Breve historia del cuento mexicano*, México, 1956. Arturo Uslar Pietri: *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Caracas, s. a. Varios: "Número en homenaje a Mariano Latorre", *Atenea*, 1956, CXXIV, 370. H. Castillo: "Mariano Latorre y el criollismo", *Hispania*, 1956, XXXIX, 4. Idem: "Tributo a Mariano Latorre", *Revista Iberoamericana*, 1957, XXII, 43. Idem: "La modalidad criollista de Mariano Latorre", *Quaderni Ibero-Americani*, Torino, 1957, 21. G. D. Schade: "Las Memorias de Mamá Blanca: a Literary Tour de Force", *Hispania*, 1956, XXXIX, 2. Angel Mancera Galletti: "Teresa de la Parra", en *Quienes narran y cuentan en Venezuela*, México, 1958. pp. 309-321.

### III

## EL REGIONALISMO

En el primer decenio del siglo XX trabajaba ya una nueva promoción de escritores en cuyas obras se va a estructurar claramente la novela hispanoamericana moderna. Con ella se afianza el triunfo de las corrientes regionalistas fundamentalmente sociales. Con un lenguaje heredado del Modernismo y afinado en el contacto con las revoluciones poéticas de la época de la Primera Guerra Mundial los novelistas de los primeros treinta años del siglo XX poseen, desde luego, una conciencia más clara de su americanismo y se esfuerzan por enfocar la realidad sin hacer abstracción de los problemas económicos y políticos. Revelan, asimismo, una noción más nítida de la técnica novelesca y procuran desenvolver sus tramas en ambientes típicos que describen, no ya con el detallismo de los costumbristas del siglo XIX, sino más bien con una visión de conjunto, muchas veces esquemática, con el esquematismo de una época cuya revolución industrial impone en la vida diaria un ritmo de aceleración cinematográfica. Más que en el hombre y en el ambiente se interesan en el paisaje o, mejor dicho, parecen sentir por primera vez la acción monstruosa de la naturaleza salvaje frente a los conatos civilizadores del hombre. La crítica se apresura a señalar esta característica. Se les acusa de dar excesiva importancia al paisaje, de sucumbir con facilidad a la tentación descriptiva, de no llegar hasta el hombre, ocupados en la tarea de desbrozar la naturaleza virgen que les rodea.

Pero la crítica reconoce que en tal actitud literaria hay una diferencia de grados y que tales excesos se notan más en algunos novelistas, como José Eustasio Rivera, por ejemplo, que en otros como Mariano Azuela, Eduardo Barrios o Rómulo Gallegos. En todo caso, esta supervalorización del paisaje poco tiene de idealización romántica: no es una naturaleza sublime la que surge de esta épica de la tierra americana, es, por el contrario, una fuerza tentacular, descontrolada, que parece desbocarse brutalmente al sentir el contacto del hombre.

A pesar de su falta de equilibrio, de esta generación de novelistas va a nacer un impulso hacia la integración última del hombre y del paisaje como elementos de una estructura artística, y el hecho de que tal corriente no constituya sino un impulso inicial la marcará, a su vez, como una generación más de transición.